
LUIS RODRIGUEZ-ZUÑIGA: IN MEMORIAM

Carmen Iglesias

Hablar de Luis Rodríguez-Zúñiga en pasado es algo doloroso. Si la muerte de cualquier persona conocida es siempre, como protestaba Unamuno, un auténtico escándalo para nuestro entendimiento y nuestro corazón, la muerte de un amigo entrañable se convierte en algo difícil de soportar.

A Mari Carmen y Vidal —me escribió en la dedicatoria de uno de sus libros en 1978—; todo es discutible —escribió— salvo mi amistad.»

Para una persona de la sensibilidad y del pudor exquisito como era Luis, manifestar tan explícitamente su sentimiento supone un riesgo de vulnerabilidad que, sin embargo, estaba dispuesto a correr... por los amigos. Si es verdad que la muerte convierte la vida en un destino, el destino trágico de Luis aparece suavizado por el cumplimiento de todos los deberes de la amistad. Jamás falló a ella. Y, en su suave epicureísmo y en esa elegancia escéptica que siempre tuvo, supo rodearse en torno al calor de los amigos. Conocimiento y amistad buscados por sí mismos y desarrollados como parte del carácter propio, íntimo y personal. No otro era el programa aristotélico de la búsqueda del Bien, que cifraba la base de la verdadera amistad en la bondad personal. Eso querría resaltar hoy en esta casa; además de la brillantez intelectual que siempre manifestó en sus escritos sobre los clásicos, y de la que hablarán mis compañeros de mesa, yo quisiera insistir en la persona de Luis, hombre bueno en el sentido profundo y clásico del término, hombre y amigo insustituible.

Bondad, generosidad y amistad compartida por Mercedes, también profesora en esta Facultad durante años, de carácter tan distinto a Luis en apariencia, pero con ese mismo fondo fundamental de fidelidad y lealtad a lo importante; es decir, fidelidad y lealtad a lo concreto, a las personas, no a las grandes palabras ni a las grandes abstracciones, ni a las corrientes de ideas cambiantes. A la humilde y única vida que poseemos: la individual y la relación con otros individuos.

Conocí a Luis y Mercedes por primera vez cuando residieron en Pau, todos nosotros jóvenes y recién licenciados, haciendo nuestras primeras armas en aquel primer congreso que convocó Tuñón y que luego siguió teniendo continuación con otros estudiosos. Pero nos hicimos amigos ya en Madrid, en aquellos primeros años setenta, alrededor de las reuniones y cenas de los entonces PNN, hablando —guardo el recuerdo muy vívido: en una esquina de una mesa de 20 ó 25 personas—, hablando —decía— no precisamente de cambiar el mundo —ni siquiera el académico—, sino de literatura, de nuestras filias y fobias por personajes literarios y por sus autores, descubriendo afinidades electivas que suponían —aunque nosotros no fuéramos conscientes de ello entonces— unos matices y una interpretación del mundo. En aquellas cenas y en aquellas conversaciones casi al margen de todo lo demás, participaba con frecuencia —curiosamente también distante y apasionado al tiempo, cosas ambas que no se repelen entre sí— otro amigo desaparecido y excepcional, todo un caballero: Gustavo Fabra.

Aquellas reuniones eran una fiesta. A veces buscada, otras surgida espontáneamente de la propia vitalidad y alegría de vivir y sentirnos solidarios y juntos. Guardo con especial cariño una fotografía del año 72; en un grupo de 14 personas, supervivientes de una larga fiesta de primavera, aparece sentada en el centro Mercedes Semolinos, riendo arrebujaada en una toquilla que la protegía del frío de la madrugada —acompañante improvisada con sus palmas de un magnífico y solitario cante jondo con el que nos había regalado Antonio de Casas, el pintor—; en una esquina, medio encogido por el frío y risueño, Luis mira al grupo con ternura e irónico afecto. Parece que le oigo decir «estos insensatos...». Elena Angel, también arrebujaada al lado de Mercedes, ríe de algo que se ha dicho.

«Estos insensatos...» —dicho con ironía afectiva o con despego elegante, según las ocasiones— es casi lo más fuerte que he oído a Luis respecto a sus semejantes. En tantos años de convivencia en este medio académico, habiendo compartido todos los momentos más decisivos de ambos —oposiciones de adjuntía y cátedra, según el antiguo régimen; años de decanato; redacción y publicación conjunta de trabajos; ilusiones y proyectos, derrotas y decepciones de la vida—, jamás le vi perder la paciencia con nadie; jamás le vi perseguir a ningún enemigo, real o supuesto. Y, desde luego, cualidad superior, jamás envidió a nadie; sin ánimo de invadir otras vidas ni territorios, Luis, de forma natural, se alegró siempre del bien de

los otros. Si se defendió de los embates ineludibles de la vida, lo hizo siempre con fina ironía y con esa elegancia que le caracterizaba física, espiritual e intelectualmente.

Elegancia de formas unida a elegancia de fondo, pues, como bien sabemos en un medio de estudiosos de ciencias sociales, contenido y formas y procedimientos están entrelazados íntima y sustancialmente. Luis protegía su vulnerabilidad y extrema sensibilidad con un distanciamiento a veces absorto, con un suave escepticismo que le hacía añorar muchas veces una vida tranquila y retirada, de intelectual no urbano, no sometido a la vida técnico-política y agitada de la ciudad. Línea de toda nuestra generación, pero que, en su caso, se concretaba con sus frecuentes estancias en el campo, en salidas con sus amigos del pueblo extremeño en que había crecido y —como cuando eran niños— seguir cazando furtivamente, comer a salto de mata, disfrutar del amanecer campero. Por el entusiasmo y gusto con que describía esas escapadas —sólo equiparables a sus entusiasmos literarios—, creo que fueron momentos verdaderamente felices en su vida. Algunos amigos sospechamos siempre que el ritmo biológico de Luis no era el propiamente urbano, sino el de esos amaneceres de su tierra extremeña.

«No moriré del todo», dice Horacio al confiar en la perdurabilidad de sus obras. Luis permanecerá vivo en nuestro recuerdo, pero el *nunca más* poder volver a charlar con él, el *nunca más* saberle feliz con su campo y su perra Clea, el saber el sufrimiento de la muerte de Mercedes, el vivir nosotros su muerte, en menos de un año ambos, nos hace morir a todos un poco. «La muerte es menos que nada —afirmaba la sabiduría filosófica antigua—, porque mientras nosotros estamos, ella no está; y cuando ella está, nosotros no estamos.» Es una triste consolación que puede servirnos como protagonistas ciertos de nuestra propia muerte y para conjurar su temor, pero resulta totalmente insuficiente ante la muerte de los otros. Aspectos de nuestro propio yo, de nuestra propia identidad, se van con la persona que desaparece y esas partes no se recuperan jamás. Pues cada ser humano es irrepetible y con cada amigo que desaparece, parte de nosotros desaparece también. La muerte, «esa descarnada», como afirma Sancho ante don Quijote, siempre dando dentelladas. Sin embargo, a Luis —suave epicúreo y escéptico inteligente e ilustrado, como decía antes—, vulnerable y sensible, pero también con fuerte sentido de la realidad —quizá por su raíz campesina— y haciendo frente a la adversidad, le gustaría que acabáramos con la máxima clásica que afirma al hombre «más fuerte que el destino»; que acabáramos y le aplicáramos aquel a modo de imperativo «unamuniano-kantiano» que vincula moralidad e inmortalidad.

«Obra de modo que merezcas, a tu propio juicio y al de los demás, la eternidad, que te hagas insustituible, que no merezcas morir»:

Para nosotros hoy, para mí siempre, Luis, insustituible, no mereció morir.

Madrid, 13 de mayo de 1991.